

**ALFONSO REYES, RAIMUNDO LIDA Y  
MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL: CORRESPONDENCIA**

Marco Antonio Silva Martínez

*Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida de Malkiel: correspondencia*, Serge I. Zaitzeff (ed.), México, El Colegio de México, 2009.



De vivir en esta época, Alfonso Reyes sería un usuario puntual del correo electrónico y las redes sociales. Su disciplina para establecer y mantener contacto con un gran número de corresponsores (fundamentalmente con sus pares, los intelectuales) da idea de que la comunicación por escrito ocupaba una parte significativa de su tiempo. De modo que aquellas herramientas que ahora forman parte de nuestra vida cotidiana sin duda le habrían sido de gran ayuda para ahorrárselo, obteniendo información más inmediata sobre las personas, los libros y las instituciones académicas que eran de gran interés para él.

Sin embargo, durante la primera mitad del siglo XX, cuando el destacado polígrafo mexicano vivió su vida más productiva sólo tenía a la mano el correo postal y el servicio telegráfico, y los empleó con suma frecuencia como queda demostrado por el trabajo de recopilación epistolar

emprendido por varios investigadores que buscan de ese modo analizar y entender el conjunto de la obra revista.

La correspondencia que Reyes sostuvo durante más de un cuarto de siglo con los hermanos Lida nos es presentada en este libro en una edición de Serge I. Zaitzeff, investigador acucioso de la literatura mexicana y latinoamericana, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y especialista en el estudio de los integrantes del Ateneo de la Juventud en el que Reyes comulgó con Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Erasmo Castellanos Quinto, entre otros, en las primeras dos décadas del siglo pasado.

El prólogo sirve al editor para ofrecer una breve semblanza de los hermanos Lida, estudiantes y trabajadores en el Instituto de Filología de Buenos Aires donde Reyes los conoció como discípulos de Henríquez Ureña y Amado Alonso. Invitado por el diplomático y escritor mexicano, Raimundo Lida pasaría por El Colegio de México y posteriormente se establecería en Harvard. María Rosa se iría a Berkeley, California, desde donde le enviaría sus misivas.

En las cartas que le escribe a Raimundo Lida, se percibe al principio a un Reyes interesado en saber acerca de las novedades bibliográficas. A diferencia de las de su corresponsal, a quien le demanda que le cuente “noticias de su vida y trabajos”, la mayoría de sus cartas son breves, por lo general de uno a tres párrafos, anotan lo esencial: agradece los favores solicitados y los comentarios a sus escritos,

Lida se muestra cauto, pero siempre afectuoso, reverente con la obra de su corresponsal y, cuando la amistad ha tejido lazos resistentes, se atreve también a hacerle recomendaciones y peticiones a Reyes; por ejemplo, para atender una colaboración al *Yearbook of Comparative and General Literature*, donde Lida hablará de la obra revista: “Dígale por favor a Arellano que me mande datos bibliográficos. ¿Por qué no me sugiere usted el plan de ese breve artículo? O escribámelo, telegráficamente, puros huesos, para que yo lo revuelva, lo desfigure, le agregue un poco de mi mala música y lo firme”; sobre las penurias económicas del matrimonio Margit Frenk-Antonio Alatorre, los arquitectos de la Nueva Revista de Filología Hispánica fundada por Lida en el Colmex: “¡Defiéndamelos don Alfonso!”.

El escritor mexicano demuestra en todo momento su calidad humana

atendiendo los asuntos que le plantea su no menos sensible y compasivo corresponsal, como ocurre al enterarse por éste de que Amado Alonso está en agonía; o que un colaborador de El Colegio de México “necesita medicinas y no puede pagárselas”, a lo que responde Reyes: “Ya hemos puesto en tratamiento al pobre de Tomás Acosta, descuide”. En agosto de 1959, hacia los últimos días de Reyes, un perceptivo Lida le confiesa: “Me llenaron de alarma los primeros renglones de su Boletín (6-7), pero me tranquilicé muy pronto porque esos mismos renglones, y todos los que siguen, son un alarde de salud y pulso seguro”.

En las cartas que comunican a Reyes y María Rosa Lida se abordan más los temas librescos; hay un intercambio de datos eruditos intercalados con expresiones de afecto recíproco. La actitud de ella es, en relación con la obra reyista, la de una seguidora devota de la prosa y la poesía del que junto a Henríquez Ureña y Borges considera como gran maestro de la lengua española y a quien le escribe como “la menor de sus admiradoras”.

Sobre el libro de Reyes, *Homero en Cuernavaca* dialogan sobre las correcciones posibles a los sonetos; con la aparición del *Catálogo de los índices de los libros de Alfonso Reyes*, publicado por la Universidad de Nuevo León en 1955, ella le comenta: “¿Y yo que creía conocerla! ¡Qué lejos –alabado sea Dios estoy de haber leído todos los libros de Vd., y qué contenta se pone la carne! Yo, chapada a la antigua,/Perniquebrada,/Leo, escribo y remiendo/Desde mi sala/Pero ¡qué gusto/Con los ojos de Alfonso/Mirar el mundo!!/ *Releyendo encantada Vísperas de España, Calendario y Visión de Anáhuac*”.

Con plausible discreción, los apuntes de Zaitzeff a pie de página no desbordan información o comentarios irrelevantes, se limitan al registro de datos biobibliográficos mínimos de las personas, organismos e instituciones mencionadas para informar al lector y ponerlo en contexto acerca de los asuntos tratados por los corresponsales de este epistolario triangular cuyo vértice es Alfonso Reyes.